

La colección *Un libro por centavos* iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante dieciséis años (2003-2019) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Standford, Yale y Harvard.

El n.º 162 ¡*Salve, fecunda zona!* es una antología poética de Andrés Bello, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo de Óscar Carvajal Parra para esta colección.

Cuidado y selección de
Óscar Carvajal Parra



N.º 162

Andrés Bello

¡Salve, fecunda zona!

Antología poética

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2019

ISBN 978-958-790-256-3

© Universidad Externado de Colombia, 2019
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Noviembre de 2019

Imagen de carátula
Andrés Bello, por David Alba Salazar, técnica mixta
grafito sobre lienzo, 24 x 25 cm., octubre 2019

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 16 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibporpercentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

DAVID ALBA (Bogotá 1980). Diseñador gráfico, editor, ilustrador y fotógrafo. Apasionado por la naturaleza. Durante 16 años ha sido ilustrador y diagramador editorial de la Universidad Externado de Colombia. Ha realizado numerosos trabajos para varias Facultades y la Decanatura Cultural, entre los que se destacan la ilustración de cubiertas de los poemarios de *Un libro por centavos* y diseño del logotipo de la Colección poética. La realización de la colección de Cuadernos Culturales y la diagramación e ilustración de los libros: *Antología del concurso de cuento 1970-2002*; *Antología del concurso nacional universitario de poesía 1990-2004*, *III Antología: concursos universitarios nacionales de cuento corto y poesía 2003-2012* y *Antología de poetas iberoamericanas. Ellas Cantan*, entre otros.

CONTENIDO

- A un samán [11], El campo (fragmento) [14],
 Oda al anauco [18],
El incendio de la compañía (fragmento) [20],
 La oración por todos (fragmento) [26],
 Epístola a Olmedo (fragmento) [30],
 Dios me tenga en gloria [32],
Las ovejas [33], La moda (fragmento) [35],
 Los duendes (fragmento) [39],
Alocución a la poesía (fragmento) [44],
A la agricultura de la zona tórrida [52],
 Desagravio de Andrés Bello [66]

A UN SAMÁN

Árbol bello, ¿quién te trajo
a estas campiñas risueñas
que con tu copa decoras
y tu sombra placentera?
Dicen que el dulce Dalmiro,
Dalmiro aquel que las selvas
y de estos campos los hijos
no sin lágrimas recuerdan,
compró de un agreste joven
tu amenazada existencia;
en este alcor, estos valles,
viva su memoria eterna.
Del huérfano desvalido,
de la infeliz zagaleja,
del menesteroso anciano
él consolaba las penas.
Extiende, samán, tus ramas
sin temor al hado fiero,
y que tu sombra amigable
al caminante proteja.
Ya vendrán otras edades
que más lozano te vean,
y otros pastores y otros
que huyan cual sombra ligera;
mas del virtuoso Dalmiro

el dulce nombre conserva,
y dilo a los que pisaren
estas hermosas riberas.
Di, ¿de tu gigante padre,
que en otros campos se eleva,
testigo que el tiempo guarda
de mil historias funestas,
viste en el valle la copa
desafiando las tormentas?
¿Los caros nombres acaso
de los zagales conservas
que en siglos de paz dichosos
poblaron estas riberas,
y que la horrorosa muerte,
extendiendo el ala inmensa,
a las cabañas robara
que dejó su aliento yermas...?
Contempló tu padre un día
las envidiables escenas;
viólas en luto tornadas,
tintas en sangre las vegas;
desde entonces solitario
en sitio apartado reina,
de la laguna distante
que baña al pie de Valencia.

Agradábale en las aguas
ver flotar su sombra bella,
mientras besaban su planta
al jugar por las praderas.
Del puro Catuche al margen,
propicios los cielos quieran
que, más felice, no escuches
tristes lamentos de guerra;
antes, de alegres zagales
las canciones placenteras,
y cuando más sus suspiros
y sus celosas querellas.

EL CAMPO (Fragmento)

Al campo! ¡Al campo! La ciudad me enoja.
Esas tristes paredes do refleja
la luz solar, intensa, ardiente, roja,
no quiero ver ni del balcón la reja,
donde una flor cautiva se deshoja,
é inclinándose lánguida, semeja
suspirar por la alegre compañía
de sus hermanas en la selva umbría.

¡Al campo! digo yo como Tancredo;
mas no, en verdad, al campo de batalla
donde el tronar del bronce infunde miedo
y el zumbiar de la bala y la metralla;
ni al campo donde el bárbaro desnudo
de un falso honor, teutónica antigualla,
dos pechos pone a dos contrarias puntas
por ofensas reales o presuntas.

Sino al campo que alegra fuente pura
con el rumor de su cristal parlero;
y de la selva a la hospital verdura,
de paz y holganza asilo verdadero;
do el aura entre los árboles murmura
y la diuca revuela y el jilguero;
y de trémulos iris coronada
salta del monte al valle la cascada.

A la colina, que al rayar la aurora
la ciudad nebulosa me descubre,
mientras el suelo en derredor colora
de azules lirios genial Octubre;
do fresco baño, el río, y mugidora
vaca me ofrece su repleta ubre,
o salgo envuelto en poncho campesino
a respirar el aire matutino.

A la animada trilla y al rodeo,
de fuerza y de valor muestra bizarra;
del pensamiento al vago devaneo
bajo el toldo frondoso de la parra;
al bullicioso rancho, al vapuleo,
al canto alegre, a la locuaz guitarra,
cuando chocan caballos pecho a pecho,
y en los horcones se estremece el techo.

Pláceme ver en la llanura al guazo
que, al hombro el poncho, rápida galopa,
o con certero pulso arroja el lazo
sobre la res que elige de la tropa.
Pláceme ver paciendo en el ribazo,
que una niebla gentil tal vez arropa,
la grey lanuda, y por los valles huecos
de su ronco balido oír los ecos.

Pláceme penetrar quebrada umbrosa,
y dando suelta al pensamiento mío,
fijar la vista en la corriente undosa
con que apacible se desliza el río,
a cuyo murmurar visión hermosa
arroba el alma en dulce desvarío,
visión de alegres días que corrieron
sobre mi vida, y para siempre huyeron.

Y se desvanecieron cual la cinta
de aéreo iris que en la azul esfera
deshace el viento, o cual la varia tinta
que, cuando el sol termina su carrera,
blanco vellón o vagas nubes pinta,
o cumbres de nevada cordillera,
y el soplo de la noche las destiñe,
y parda franja al horizonte tiñe.

Viéralos otra vez, aquellos días,
aquellos campos, encantada estancia,
templo de las alegres fantasías
a que dió culto mi inocente infancia;
selvas que el sol no agosta, a que las frías
escarchas ni aun embotan la fragancia;
cielo.... ¡más claro acaso?... No, sombrío,
nebuloso tal vez.... ¡Así era el mío!

Naturaleza da una madre sola
y da una sola patria.... En vano, en vano
se adopta nueva tierra: no se enrola
el corazón más que una vez. La mano
ajenos estandartes enarbola...
te llama extraña gente ciudadano....
¡qué importa! ¡No prescriben los derechos
del patrio nido en los humanos pechos!

¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
planta, que floreciendo en el destierro,
suspira por su valle ó su colina,
simpatiza conmigo; el río, el cerro
me engaña un breve instante y me alucina,
y no me avisa ingrata voz que yerro;
ni disipando el linsojero hechizo,
oigo a nadie decir ¡Advenedizo!

ODA AL ANAUCO

Irrite la codicia
por rumbos ignorados
a la sonante Tetis
y bramadores austros;
el pino que habitaba
del Betis fortunado
las márgenes amenas
vestidas de amaranto,
impunemente admire
los deliciosos campos
del Ganges caudaloso,
de aromas coronado.
Tú, verde y apacible
ribera del Anauco,
para mí más alegre
que los bosques Idalios
y las vegas hermosas
de la plácida Pafos,
resonarás continuo
con mis humildes cantos;
y cuando ya mi sombra
sobre el funesto barco
visite del Erebo
los valles solitarios,
en tus umbrías selvas
y retirados antros
erraré cual un día,

tal vez abandonando
la silenciosa margen
de los estigios lagos.
La turba dolorida
de los pueblos cercanos
evocará mis manes
con lastimero llanto;
y ante la triste tumba,
de funerales ramos
vestida, y olorosa
con perfumes indianos,
dirá llorando Filis:
«Aquí descansa Fabio.»
¡Mil veces venturoso!
pero, tú, desdichado,
por bárbaras naciones
lejos del clima patrio
débilmente vaciles
al peso de los años.
Devoren tu cadáver
los canes sanguinarios
que apacienta Caribdis
en sus rudos peñascos;
ni aplaque tus cenizas
con ayes lastimados
la pérfida consorte
ceñida de otros brazos.

EL INCENDIO DE LA COMPAÑÍA (Fragmento)

I

Santa Casa de oración,
templo de la Compañía,
que a plegaria y a sermón
llamas de noche y de día
la devota población:

¿Qué esplendor, qué luz es esta
que sobre ti se derrama?
no es luz de nocturna fiesta;
es devastadora llama;
es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
el que por los aires corre:
ayes son esos que envía
envuelta en humo tu torre:
son gemidos de agonía.

Jamás con furor tan ciego
prendió escondida centella:
vióse breve lumbre; y luego
a grande altura descuella
una cúpula de fuego.

Raudo volcán se me antoja,
que aglomera nube a nube
de humareda parda y roja,
y ya hasta los cielos sube,
y encendida lava arroja.

Cual león que descuartiza
descuidada presa hambriento,
tal, encrespado se eriza,
tal ruge el fiero elemento,
que te reduce a ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
a socorrerte anhelante,
rápido el incendio cunde,
y hasta el cerro más distante
terrible luz difunde;

Y en cuanto la vista abraza,
tiñen medrosos reflejos
toda calle y toda plaza,
y, aun contemplados de lejos,
espanto son y amenaza.

Una visión gigantéa
que negras alas agita,
en lo alto revolotea:
soplando, el incendio irrita,
y sacude humosa tea.

¡Será aquel ángel, al pozo
de perdición derrocado,
a quien la miseria es gozo?
sobre su rostro eclipsado
vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema
de fuego, lluvia descende
ardiente, que alumbra y quema
la vasta nave, y se extiende
con voracidad extrema.

¡Virgen! si compadecida
te halló siempre el ruego humano,
detén la fiera avenida:
tiende el manto soberano
sobre tu mansión querida;
sobre tu bella morada,
donde con ardientes votos
has sido siempre invocada;
donde mil labios devotos
te llamaron abogada.

Y tú, ¿puedes tolerar
lue así las llamas te ultrajen,
santo Arcángel titular?
¿se cebarán en tu imagen?
¿harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor:
la destrucción es completa:
arde todo en derredor:
aun a su Dios no respeta
el fuego consumidor.

II

Y a ti también te devora,
centinela vocinglero,
atalaya veladora,
que has contado un siglo entero
q la ciudad, hora a hora.

Diste las nueve, y prendida
estabas viendo la hoguera
en que iba a espirar tu vida:
fué aquella tu voz postrera,
y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
ese fatídico acento,

¿quién imaginó perderte,
y que en las olas del viento
iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:
¡Adiós, patria! el cielo ordena
que no más las notas mías
desenvuelvan la cadena
de tus horas y tus días.

Mil y mil formas miré
nacer al aura del mundo,
y florecer a mi pié,
y descender al profundo
abismo de lo que fué.

Yo te vi en tu edad primera
dormida esclava, Santiago,
sin que en tu pecho latiera
un sentimiento presago
de tu suerte venidera.

Y te vi del largo sueño
despertar altiva, ardiente,
y oponer al torvo ceño
de los tiranos, la frente
de quien no conoce dueño.

Vi sobre el pendón hispano
alzarse el de tres colores;
suceder a un yermo un llano
rico de frutos y flores;
y al esclavo el ciudadano.

¡Santiago, adiós! Ya no más
el aviso diligente
de tu heraldo fiel oirás,
que los sordos pasos cuente
que hacia tu sepulcro das.

¡Adiós! Llegó mi hora aciaga,
como llegará la tuya.
No hay cosa que no deshaga
el tiempo, y no la destruya:
aun a los imperios traga.

LA ORACIÓN POR TODOS (Fragmento)

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
al soplo de la noche, y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su rueda de cambiante nácar
el Occidente más y más angosta;
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
brilla el albergue rústico, y la tarda
vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡he aquí la noche plácida y serena!
el hombre tras la cuita y la faena
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados;
y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
sobre su cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.
y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza la avecilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡de natural piedad primer aviso!
¡fragancia de la flor del paraíso!
¡preludio del concierto celestial!

II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dió el sér, y la mitad más bella
de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre
lo necesito yo...! Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia
la ví tener en mi fortuna escasa;
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni lo sean
a tí jamás.... los frívolos azares
de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipan la vejez;
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco el mundo y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un día
lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas y poder, la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataud.
La tentación seduce; el juicio engaña:
en los zarzales del camino deja
alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana, el hombre su virtud.

EPÍSTOLA A OLMEDO
(Fragmento)

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
que del dulce solaz destituído
de tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,
con todas sus famosas fruslerías,
que a soledad me tienen reducido!

Mal rayo abraze, amén, sus Tullerías,
y mala peste en sus teatros haga
sonar, en vez de amores, letanías,

Y, cual suele el palacio de una maga
a la virtud de superior conjuro,
toda esa pompa en humo se deshaga;

Y tú al abrir los ojos, no en oscuro
apuesto entre sábanas fragantes
te encuentres blando alumno de Epicuro,

Sino cual paladín de los que errantes
de yermo en yermo, abandonando el nido
patrio, iban a caza de gigantes,

Te halles al raso, a tu sabor tendido,
rodeado de cardos y de jaras,
cantándote una rana a cada oído.

Y suspirando entonces por las caras
ondas del Guayas (Guayaquil un día,
antes que al héroe de Junín cantarás),

Digas: ¡Oh venturosa patria mía!
¿quién me trajo a vivir do todo es hecho
de antojos, de embeleco y de falsía?

A Londres de esta vez me voy derecho,
donde, aunque no me aguarda el bien amante
de mi Virginia, mi paterno techo,

Me aguarda amigo fiel, veraz, constante,
lue al verme sentirá más alegría
lue la que él me descubra en el semblante.

DIOS ME TENGA EN GLORIA

A la falsa noticia de la muerte de Mac-Gregor.

Lleno de susto un pobre cabecilla
leyendo estaba en oficial gaceta,
cómo ya no hay lugar que no someta
el poder invencible de Castilla.

De insurgentes no queda ni semilla;
a todos destripó la bayoneta,
y el funesto catálogo completa
su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fue batido, preso y muerto,
y cómo me le hicieron picadillo,
dos y tres veces repasó la historia;

Tanto, que, al fin, teniéndolo por cierto,
exclamó compungido el pobrecillo:
-¿Conque es así? -Pues Dios me tenga en gloria.

LAS OVEJAS

Libranos de la fiera tiranía
de los humanos, Jove omnipotente
(una oveja decía,
entregando el vellón a la tijera);
que en nuestra pobre gente
hace el pastor más daño
en la semana, que en el mes o el año
la garra de los tigres nos hiciera.
Vengan, padre común de los vivientes,
los veranos ardientes;
venga el invierno frío,
y danos por albergue el bosque umbrío,
dejándonos vivir independientes,
donde jamás oigamos la zampona
aborrecida, que nos da la roña,
ni veamos armado
del maldito cayado
al hombre destructor que nos maltrata,
y nos trasquila, y ciento a ciento mata.
Suelta la liebre pace
de lo que gusta, y va donde le place,
sin zagal, sin redil y sin cencerro;
y las tristes ovejas (¡duro caso!)
si hemos de dar un paso,
tenemos que pedir licencia al perro.

Viste y abriga al hombre nuestra lana;
el carnero es su vianda cotidiana;
y cuando airado envías a la tierra,
por sus delitos, hambre, peste o guerra,
¿quién ha visto que corra sangre humana?
en tus altares? No: la oveja sola
para aplacar tu cólera se inmola.
Él lo peca, y nosotras lo pagamos.
¿Y es razón que sujetas al gobierno
de esta malvada raza, Dios eterno,
para siempre vivamos?
¿Qué te costaba darnos, si ordenabas
que fuésemos esclavas,
menos crüeles amos?
Que matanza a matanza y robo a robo,
harto más fiera es el pastor que el lobo.

Mientras que así se queja
la sin ventura oveja
la monda piel fregándose en la grama,
y el vulgo de inocentes baladores
¡vivan los lobos! clama
y *¡mueran los pastores!*
y en súbito rebato
cunde el pronunciamiento de hatos en hatos
el senado ovejuno
¡ah! dice; todo es uno.

LA MODA (Fragmento)

Quise más de una vez, en mala hora,
escribir una página, Isidora,
que detener tu vista mereciera.
Desoyóme mi Musa. Toda entera
me pasé, te lo juro, esta mañana,
hilando coplas con tenaz porfía.

—Musa, son para el álbum, le decía,
de una joven beldad. —¡Plegaria vana!
No me salió una sola ni mediana.

—Para este bello altar que se atavía
con tanta flor de amena poesía,
entretejer una guirnalda quiero,
digna de la deidad que en él venero.
Es (tú lo sabes) cosa
de obligación forzosa.
Si agradable te fue mi culto un día,
te ruego, te conjuro, te requiero,
amada Musa mía,
que lo muestres ahora; y si ya cesas
de mirarme propicia, este postrero
favor te pido sólo. —¡Ni por ésas!

Despechado, el papel hice pavesas;
al tintero, la pluma consignaba;
y ofrecerle pensaba,
por único tributo, humilde excusa

la culpa echando a la inocente Musa,
como es costumbre en semejantes casos;
cuando acercarse miro a lentos pasos
una, no sé si diga ninfa, diosa,
aparición, fantasma: caprichosa
forma que cada instante
de color, de semblante,
y de tocados, y de ropas muda:
ora triste, ora alegre, ora sañuda;
ya pálida, ya rubia, ya morena.
Tan presto por el cuello y las espaldas
derrama en ondas de oro la melena;
tan presto, en trenzas de ébano cogida,
adórnela de joyas y guirnalda;
y tan presto ¡qué horror! encanecida
la lleva; o sin piedad la troncha y tala,
y de prestados rizados hace gala.
Ora el ropaje en anchuroso vuelo
desplega; y va arrastrando luenga falda
verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,
de gasa, de tisú, de terciopelo.
Señala luego en mórbido relieve
su figura gentil basquiña leve.
Sus ojos aprisiona en blanco velo,
pudibunda beata,
que hace de más valor lo que recata.

Y un momento después, traviesa niña,
ríe, retoza, guiña;
no sabe tener quieta
su pupila de fuego;
busca y rehuye luego:
cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspense, absorto estaba yo pensando
si era ilusión aquello; y lo estuviera,
sabe Dios hasta cuándo,
si ella misma por fin no me dijera:
—Nadie puede sacarte del empeño
en que te ves, sino mi numen solo.
El arte de agradar yo sola enseño.
Ríete de las Musas y de Apolo.
Si aplaudido un poeta en boga está,
y ante los ojos de las damas brilla,
y con el loro, el gato y la perrilla,
divide los honores del sofá,
débelo todo a mí, que, cuando tomo
esta mágica vara, lo más pobre
hago rico, y trasmuto el oro en cobre.
Sea su entendimiento agudo o romo,
tosco o pulido, vista larga o corta,
ingenio estéril o feraz, no importa,
todo aquel que se viste mi librea,
altivo, ufano, espléndido campea.

Y a más de cuatro orates
coronas di tempranas,
que, a despecho de críticos embates,
durarán (no lo afirmo) tres semanas.
Por no cansarte más, yo soy la Moda.
Oye; y aprenderás mi ciencia toda.
En tres o cuatro prácticas lecciones,
voy a especificar mis opiniones;
y podrás expedirte en el presente
caso, y en los demás, gallardamente.

LOS DUENDES (Fragmento)

I

No bulle
la selva;
el campo
no alienta.
Las luces
postreras
despiden
apenas
destellos,
que tiemblan.
La choza
plebeya,
que horcones
sustentan;
la alcoba,
que arrear
cristales
y sedas;
al sueño
se entregan.
Ya es todo
tinieblas.
¡Oh noche
serena!
¡Oh vida

suspensa!
La muerte
remedas.

II

¿Qué ruido
sordo nace?
Los cipreses
colosales
cabecean
en el valle;
y en menuda
nieve caen
deshojados
azahares.
¿Es el soplo
de los Andes,
atizando
los volcanes?
¿Es la tierra,
que en sus bases
de granito
da balances?
No es la tierra;
no es el aire;
son los duendes
que ya salen.

III

Por allá vienen;
¡qué batahola!
ora se apiñan
en densa tropa,
que hiende rápida
la parda atmósfera;
y ora se esparcen,
como las hojas
ante la ráfaga
devastadora.
Si chillan éstos,
aquéllos roznan.
Si trotan unos,
otros galopan.
De la cascada
sobre las ondas,
cuál se columpia,
cuál cabriola.
Y un duende enano,
de copa en copa,
va dando brincos,
y no las dobla.

IV

¿Fantasmas acaso
la vista figura?

Como hinchadas olas
que en roca desnuda
se estrellan sonantes,
y luego reculan
con ronco murmullo,
y otra vez insultan
al risco, lanzando
bramadora espuma;
así van y vienen,
y silban y zumban,
y gritan que aturden;
el cielo se nubla;
el aire se llena
de sombras que asustan;
el viento retiñe;
los montes retumban.

V

A casa me recojo;
echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
arde mi lamparilla!
¡Oh Virgen del Carmelo!
aleja, aleja el vuelo
de estos desoladores
ángeles enemigos;
que no talen mis flores,
ni atizonen mis trigos.

Ahuyenta, madre, ahuyenta
la chusma turbulenta;
y te pondré en la falda
olorosa guirnalda
de rosa, nardo y lirio;
y haré que tu sagrario
alumbre un blanco cirio
por todo un octavario.

ALOCUCIÓN A LA POESÍA (Fragmento)

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría;
tú a quien la verde gruta fué morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que al valor coronas:
también allí la florecida vega,
el bosque enmarañado, el sesgo río,
colores mil a tus pinceles brindan;
y céfiro revuela entre las rosas;
y fúlgidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
y el Rey del cielo, entre cortinas bellas
de nacaradas nubes, se levanta;
y laavecilla en no aprendidos tonos
con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti, silvestre ninfa, son las pompas
de dorados alcázares reales?
¿a tributar también irás en ellos
en medio de la turba cortesana
el torpe incienso de servil lisonja?
no tal te vieron tus más bellos días
cuando en la infancia de la gente humana,
maestra de los pueblos y los reyes
cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga ¡oh Diosa!
esta región de luz y de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival Filosofía,
que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto;
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen:
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida:
descuelga de la encina carcomida
tu dulce lira de oro, con que un tiempo
los prados y las flores, el susurro
de la floresta opaca, el apacible
murmurar del arroyo trasparente,

las gracias atractivas
de natura inocente
a los hombres cantaste embelesados;
y sobre el vasto Atlántico tendiendo
las vagarosas alas, a otro cielo,
a otro mundo, a otras gentes te encamina,
do viste aún su primitivo traje
la tierra, al hombre sometida apenas;
y las riquezas de los climas todos,
América, del Sol joven esposa,
del antiguo Océano hija postrera,
en su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,
qué prado ameno, qué repuesto bosque
harás tu domicilio? ¿En qué felice
playa estampada tu sandalia de oro
será primero? ¿Dónde el claro río
que de Albión los héroes vió humillados,
los azules pendones reverbera
de Buenos Aires, y orgulloso arrastra
de cien potentes aguas los tributos
al atónito mar? ¿O dónde emboza
su doble cima el Ávila entre nubes,
y la ciudad renace de Losada?
¿o más te sonreirán, Musa, los valles
de Chile afortunado, que enriquecen

rubias cosechas y suaves frutos;
do la inocencia y el candor ingenuo
y la hospitalidad del mundo antiguo
con el valor y el patriotismo habitan?
¿o la ciudad que el águila posada
sobre el nopal mostró al azteca errante
y el suelo de inexhaustas venas rico
que casi hartaron la avarienta Europa?
ya de la mar del Sur la bella reina,
a cuyas hijas dió la gracia en dote
naturaleza, habitación te brinda
bajo su blando cielo, que no turban
lluvias jamás ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
harás tu albergue, que entre canas cumbres
sentada, oye bramar las tempestades
bajo sus piés, y etéreas auras bebe
a tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
entre murallas de peinada roca,
y, envuelto en blanca nube de vapores
de vacilantes iris matizada,
los valles va a buscar de Magdalena
con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos días
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
y nativa inocencia venturosos,

sustento fácil dió a sus moradores,
primera prole de su fértil seno
Cundinamarca; antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.

Aún no aguzado la ambición había
el hierro atroz; aún no degenerado
buscaba el hombre bajo oscuros techos
el albergue, que grutas y florestas
saludable le daban y seguro,
sin que señor la tierra conociese,
los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía,
todo era paz, contento y alegría;
cuando de dichas tantas envidiosa
huitaca bella, de las aguas diosa,
hinchando el Bogotá, sumerge el valle,
de la gente infeliz, parte pequeña
asilo halló en los montes:

El abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
estrageo de su casi extinta raza
a Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe
con su cetro divino la enriscada
montaña, y a las ondas abre calle.
El Bogotá, que, inmenso lago un día,
de cumbre a cumbre dilató su imperio;

de las ya estrechas márgenes, que asalta
con vana furia, la prisión desdeña,
y por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás cómo a las nuevas gentes
nenqueteba piadoso leyes, y artes,
y culto dió; después que a la maligna
ninfa mudó en lumbrera de la noche,
y de la Luna por la vez primera
surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve, a celebrar las maravillas
del Ecuador: canta el vistoso cielo
que de los astros todos los hermosos
coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espira
desvuelve en torno al luminar inmóvil
que el rumbo al marinero audaz señala,
y la paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los más ricos mueles
y tomas el mejor de tus pinceles,
podrás los climas retratar, que entero
el vigor guardan genital primero
con que la voz omnipotente, oída
del hondo caos, hinchó la tierra, apenas
sobre su informe faz aparecida,
y de verdura la cubrió y de vida.

Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
que vuestros verdes laberintos puebla,
y en varias formas y estatura y galas
hacer parece alarde de sí mismo,
poner presumirá nombre o guarismo?
en densa muchedumbre
ceibas, acacias, mirtos se entretajan,
bejucos, vides, gramas:
las ramas a las ramas,
pugnando por gozar de las felices
auras y de la luz, perpetua guerra
hacen, y a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.
¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!
o, si ya de cuidados enojosos
exento, por las márgenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso,
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura,
viese arder en la bóveda azulada
tus cuatro lumbres bellas,

¡oh Cruz del Sur! que las nocturnas horas
mides al caminante
por la espaciosa soledad errante;
o del cucuy las luminosas huellas
viese cortar el aire tenebroso,
y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yarabí amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano ¡oh Diosa!
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona;
donde cándida miel llevan las cañas,
y animado carmín la tuna cría,
donde tremola el algodón su nieve,
y el ananás sazona su ambrosía;
de sus racimos la variada copia.

A LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto sér se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas: tú la uva
das a la herviente cuba:
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento:
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales:
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa:
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro;

el vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
que cuando de suave
humo en espiras vagarosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo,
y el perfume le das que en los festines
la fiebre insana templará a Lleo.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosia:
su blanco pan la yuca,
sus rubias pomas la patata educa,
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para tí la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para tí el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hinche su grano;
y para tí el banano
desmaya al peso de su dulce carga;
el banano, primero

de cuantos concedió bellos presentes
providencia a las gentes
del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo:
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava:
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.
Mas ¡oh! si cual no cede
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
y como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera:
¡Oh! ¡Si al falaz ruido
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria

las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amator fácil oído
da la consorte: crece
en la materna escuela
de la disipación y el galanteo
la tierna virgen, y al delito espuela
es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo

los ánimos heroicos denodados
que fundan y sustentan los Estados?
¿De la algazara del festín beodo,
o de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá, modesta,
orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa ley regir el freno;
brillar en torno aceros homicidas
en la dudosa lid verá sereno:
o animoso hará frente al genio altivo
del engréido mando en la tribuna,
aquél que ya en la cuna
durmió al arrullo del cantar lascivo,
que riza el pelo, y se unge, y se atavía
con femenil esmero,
y en indolente ociosidad el día,
o en criminal lujuria, pasa entero?

No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz y de la guerra;
antes fió las riendas del Estado
a la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado:
y bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que, afortunados poseedores,
habéis nacido de la tierra hermosa
en que reseña hacer de sus favores,
como para ganáros y atraeros,
quiso naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
el mercader, que necesario al lujo,
al lujo necesita,
los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso,
la grey de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos:
el campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve,
y de la moda, universal señora,
va la razón al triunfal carro atada,
y a la fortuna la insensata plebe,
y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones muestra,
es de la vida la mejor maestra!

¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
¿id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
y el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,
y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
¿o menos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato
y afeites impostores no se cura?
¿o el corazón escucha indiferente
el lenguaje inocente

que los afectos sin disfraz expresa
y a la intención ajusta la promesa?
no del espejo al importuno ensayo
la risa se compone, el paso, el gesto;
ni falta allí carmín al rostro honesto
que la modestia y la salud colora,
ni la mirada que lanzó al soslayo
tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
más venturosos lazos himeneo,
do el interés barata,
tirano del deseo,
ajena mano y fe por nombre o plata,
que do conforme gusto, edad conforme,
y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra: el fértil suelo,
áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruído estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino:
el intrincado bosque el hacha rompa,
consume el fuego: abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.

Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España:
adorne la ladera
el cafetal: ampare
a la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare:
aquí el verjel, allá la huerta ría...
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces;
mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca; oigo las voces;
siento el rumor confuso; el hierro suena;
los golpes el lejano
eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga:
batido de cien hachas se estremece,
estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera: deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido
de los humanos, va a buscar doliente...

¡Qué miro? Alto torrente
de sonora llama
corre, y sobre las áridas ruinas
de la postrada selva se derrama.
El rauda incendio a gran distancia brama,
y el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
verdor hermoso y fresca lozanía,
sólo difuntos troncos,
sólo cenizas quedan, monumento
de la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
y a los rollizos tallos hurta el día:
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza:
a la esperanza, que riendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,
y allá a lo lejos el opimo fruto,
y la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
colmado el cesto, y con la falda en cinta,
y bajo el peso de los largos bienes

con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,
mas a merced y a compasión te mueva
la gente agricultora
del Ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
tantos años de fiera
devastación y militar insulto.
Aún más que tu clemencia antigua implora.
su rústica piedad, pero sincera,
halle a tus ojos gracia: no el risueño
porvenir que las penas le aligera,
cual de dorado sueño
visión falaz, desvanecido llore:
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión: el diente impío
de insecto roedor no lo devore:
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que suelto el cuello de extranjero yugo
erguiese al cielo el hombre americano;

bendecida de ti se arraigue y medre
su libertad: en el más hondo encierra
de los abismos la malvada guerra,
y el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre y los Estados:
la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
expiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
de muertes, proscripciones,
suplicios, orfandades,
¿quién contará la pavorosa suma?
saciadas duermen ya de sangre ibera
las sombras de Atahualpa y Motezuma.
¡Ah! Desde el alto asiento
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
la faz ante la lumbre de tu frente
(si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana gente),
el ángel nos envía,
el ángel de la paz, que al crudo ibero

haga olvidar la antigua tiranía,
y acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero:
que alargar le haga al injuriado hermano
(¿ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
y si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
que una feliz oscuridad desdeña,
que en el azar sangriento del combate
alborozado late,
y codicioso de poder o fama,
nobles peligros ama;
baldón estime sólo y vituperio
el prez que de la patria no reciba,
la libertad más dulce que el imperio,
y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea:
el ramo de victoria
colgado al ara do la patria sea,
y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entónces, patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
alma, serenidad y regocijo,
vuelve alentado el hombre a la faena,

alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito Occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad, y nuevos nombres
añadiendo la fama
a los que ahora aclama,
«hijos son estos, hijos
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima:
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España.

DESAGRAVIO DE ANDRÉS BELLO

Emir Rodríguez Monegal, gran crítico literario latinoamericano del siglo xx, recuerda haber visitado el Museo de Arte Moderno de Nueva York y haber visto una escultura del siglo xix, hecha de un material parecido a la piedra pómez, un anciano olvidado y roído por la polilla. Para Rodríguez Monegal esa imagen era la representación desafortunada que la crítica literaria había construido del humanista Andrés Bello.

Andrés Bello suele ser identificado en la historia de la literatura como partidario irrestricto del Neoclasicismo, enemigo furibundo del romanticismo, tan fuerte en su época. Una verdad simplificada, porque es falso que Don Andrés haya sido un simple lector de textos clásicos, pues conocía con suficiencia los libros más importantes del romanticismo inglés, alemán y francés. Y sin ser partidario de los dogmas, ni de las afiliaciones pasionales a las escuelas literarias, tomó para su poética elementos del siglo de oro español, de la poesía latina, que en ese delirio científico de los críticos por ordenar el mundo, pudieron ajustarlo a cierto clasicismo, certero, pero no suficiente.

Bello no quiso nunca afiliarse de manera emocional a ninguna escuela, y logró un aporte único, con una mirada propia, y con un acento particular. Fue un hombre cauto en sus decisiones,

con un recelo inteligente hacia los movimientos políticos, un insistente y fecundo amor por las letras y un espíritu de independencia y libertad. Por eso es justo encontrar, también, en todas las obras que nos legó Don Andrés ese espíritu romántico, aunque intervenido a su manera: En la gramática para uso de los americanos donde organiza el lenguaje para escribir, leer y pensar libremente; en la “Alocución a la poesía” considerada como la declaración de independencia poética de América; en “La filosofía del entendimiento”, para la formación de una América reflexiva y crítica, y en esa gran obra que significó el “Código Civil”, hecho con tanto rigor y poesía, modelo a los códigos que rigen cada sociedad latinoamericana.

El retorno a Andrés Bello es una apuesta por una tradición humanista. Un camino por el latinoamericano universal, una vindicación del jurista latino para quien el derecho, también es una obra de arte que se hace con palabras, y que conserva como elemento esencial, la justicia. En palabras de Borges: “El patrimonio intelectual del latinoamericano es el universo”.

Ó. C. P.

ANDRÉS BELLO. (Caracas, 1781 - Santiago de Chile, 1865). Nació en 1781 en Caracas, Venezuela. Rápidamente se consagró a los estudios humanísticos y se volvió un latinista consumado. Es en esta etapa donde compone sus primeros poemas, inspirado por la poesía latina de Virgilio, y la poesía del siglo de oro español, especialmente Garcilaso de la Vega. Aquí Don Andrés comparte con dos figuras trascendentales para el futuro de América, Bolívar y Humboldt. Fue maestro del primero, y al segundo, tuvo la fortuna de acompañarlo en sus expediciones científicas por Venezuela, convirtiéndose así en una influencia determinante en su poesía.

En 1810 viajó a Londres en compañía de Bolívar, a buscar apoyo para la causa independentista. Allí comparte con el filósofo Jeremy Bentham, y escribe los dos poemas que pasarán a la historia de la poesía latinoamericana: *Alocución a la poesía* y *La agricultura de la zona tórrida*. La *Alocución* es considerada la declaración de independencia poética de América, y *La agricultura*, el poema épico, siguiendo la noble intención de Bello, de convertirse en el Virgilio americano y cantar toda América en un poema.

Don Andrés Bello regresa de Londres en 1829 y se embarca a Chile con toda su familia, donde pasará el resto de sus días, dedicado fielmente a la crítica literaria, a la historia, pero sobre todo, a las grandes obras que pasarán a los anales de América: La gramática para uso de los americanos, la filosofía del entendimiento y el código civil chileno, usado luego, de modelo para los códigos de toda América.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Alvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Album de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejó
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López

46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos

91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanos. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festear la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlostén y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega

136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo*. Antología, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Alvaro Miranda
141. *El mundo por dentro*. Antología, Carlos Castro Saavedra
142. *Destino*. Antología, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido*. Antología, Yenny León
144. *¡Imaginate...!* Antología, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra*. Antología, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños*. Antología
151. *La casa*. Antología, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra*. Antología, Darío Samper
153. *El beso*. Antología, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego*. Antología personal, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío*. Antología poética, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno*. Antología personal, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo
161. *Viento voluble en medio del agua*. Antología, Gustavo Ibarra Merlano
162. *¡Salve, fecunda zona!* Antología poética, Andrés Bello



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en noviembre de 2019

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

